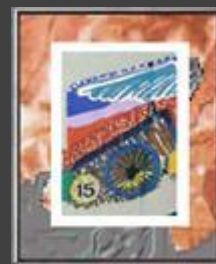




Pienso la semana que escribo siempre en letras blancas sobre fondo negro:

Me dejó a usted, semana que escribo siempre en letras blancas sobre fondo negro — como puede verse en, por ejemplo, [el pie de página que aparece en este artículo](#) —, porque, al igual que usted, también yo me he perdido con frecuencia transitando por estas páginas.

Llegué en algunas ocasiones a estar tan desesperada que, y como soy amiga de Afrodita — porque, ¿sabe?, nos conocimos por pura casualidad y por causa de un crigo o de una iguana, que ya no me acuerdo, pero lo podré verificar usted misma si visita [este blog](#) y ahí busca el lunes 9 de junio de 2008 —, le propuse si no habría alguna manera de evitar unas situaciones tan molestas y, ella, utilizando para la explicación unas fotografías mías para que al verlas pudiese ya estar segura de que en verdad lo encontrado se correspondía con lo que yo buscaba, me hizo [esta especie de chuleta](#) que me resultó enormemente útil.



No voy a empezar con ninguna bienvenida ni por dar las gracias a nadie por visitar esta página; porque estoy harta de falsías y de mentiras y de gentes que quieren mostrar su mejor perfil para caer bien, o resultar simpático, o hacerse querer.

Así que no hay bienvenida.

Si usted, en su apático deambular por la red ha venido a caer aquí – que a tontas y a locas puede suceder; el aburrimiento acierta a llevar a cualquier parte a quien tira como puede de él – y decide permanecer un ratito, pues... ¡hala, quédese!; pero no espere encontrar nada sensacional ni, sobre todo, coherente o útil para nada ni para nadie.

Sí le puedo adelantar que, si se queda, habrá de ir por los caminos que yo marque haciéndolo transitar sin rumbo por las sendas que mi voluntad quiera ir trazando; que lo engañaré y le mentiré y le mostraré lo que a mí me parezca del mundo, y de la gente, y de la realidad, y de los sentimientos, y de la crueldad y de la bondad y de la belleza y de la fealdad...

Lo traeré y lo llevaré; lo haré perder el sentido de la orientación y me burlaré de esa pretensión – tan humana, por otra parte – de encontrar facilitada por otros, por otros siempre y sin esfuerzo para el buscador, la punta de la hebra de ese ovillo enmarañado que es la vida.

No existen en el cada día de los seres vivos ni la lógica ni el desarrollo secuencial de hechos ni de acontecimientos ni de sentimientos. A lo largo de las 24 horas que median entre un amanecer y el siguiente hasta el más amorfo de los seres pasa por infinidad de estados de ánimo que se interfieren sin piedad unos con otros; tan pronto uno ríe porque ve como otro da un traspié como se muerde el labio con ira tras el tropezón propio; en el instante inmediatamente posterior a haberse sentido desolado por una adversidad se siente gratificado por cualquier gracia o ventura; al mismo tiempo que se siente un terrible dolor de muelas hay que regocijarse – pues quién sabe si “ahora o nunca” –

porque se ha presentado tras años de esperarla la oportunidad profesional que resolverá tal vez toda una vida o porque ha nacido tu primer hijo, el que con tanta ilusión esperabas...

Y hay que fastidiarse y soportar el gran conflicto, la irresoluble e incomprensible contradicción que es el estar feliz y jodido al mismo tiempo.

Quiero decir con esta consideración tan sólo que nadie, absolutamente nadie, vive la linealidad que exige a las obras de los otros.

Estoy hablando de literatura, del mundo de la palabra, que es el mío; de literatura pero no de ninguno de esos best-sellers que a lo largo de cientos de páginas permanecen centrados en un único tema, de forma obsesiva, en una única trama que ignora, como si no existiese, todo el resto de la vida que gira fuera de los intereses o afanes del puñado de personajes que la viven...

Pero me estoy dejando llevar por el pudor tan necio que me obliga a pretender, aun sin quererlo, explicarme; y eso va por si mismo ya en contra de mis principios y de mis fines.

Así que, amable internauta, aquí terminan los preámbulos.¹



¹ Y empieza, para mí, el – no sé dónde lo he leído, pero es una forma de denominarlo muy adecuada – “laberinto de la confusión”, porque **me he perdido**.